

~~De actualidad~~

# Patriotismo y optimismo



RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo I

Aquí tenemos estas "Chácharas de café; pensamientos, anécdotas y confidencias"—que así reza su título completo— de nuestro Cajal. Y aunque su autor ilustre, en las líneas manuscritas con que nos dedica un ejemplar, les llame "bagatelas" nunca lo son los pensamientos de un hombre no sólo trabajador, sino creador de trabajo.

Lo que un investigador de un ramo cualquiera de conocimientos pueda pensar sobre asuntos que caen fuera de su competencia técnica podrá carecer de valor técnico, pero tendrá otro valor acaso más alto. Y en el caso presente se trata de un poeta, es decir, de un creador de ciencia, y no de un rapsoda, no de un repetidor o vulgarizador. Nos proponemos, pues, ir comentando algunas de estas chácharas del creador Cajal, y alternando estos con otros comentarios a otras... no chácharas y de no Cajales.

Uno de los pensamientos dice así:

"Decía J. Ortega Gasset que todo propósito racional de reforma política debe partir del previo reconocimiento de nuestra inferioridad.

"De acuerdo con la observación del eminente y cultísimo escritor, yo vengo diciendo casi lo mismo, aunque predicando en desierto, desde 1898. En mi sentir, todo político optimista es un apático, un inconsciente, y por de contado, un mal patriota. Hay que sentir la obscuridad para emerger a la luz; pero no como el feto que fia el alumbramiento a la providencia orgánica de la madre, sino como la semilla enterrada, que saca de sí misma, es decir, de su "albumen" y cotiledones, la energía necesaria para organizar un tallo capaz de aflorar la tierra y de conquistar un puesto al sol."

Dejando por ahora otros aspectos de este complejo pensamiento — y entre ellos el interesantísimo de que no nace uno, sino que le nacen; si es que es del todo así...— fijémonos en eso de que todo político optimista es un apático, un inconsciente (aquí, señor corrector de pruebas, sin s, que si antes lo escribimos así fué por respetar la ortografía del original, que es la académica) y por de contado, un mal patriota.

No creemos, en primer lugar, que haya hoy en España político alguno que sea optimista y sí si lo finge será por dar ejemplo. Aunque tampoco estamos muy seguros de qué sea eso del optimismo.

El actual presidente del Consejo de ministros de S. M. suele ser el que más a menudo da la nota del optimismo y repite o que todo está arreglado o que todo se arreglará, pero no es porque así lo crea, sino por lo que entiende, a lo que se nos figura que es la mejor manera de aquietar los espíritus. Es como el médico que jamás desahucia a un enfermo y para justificarlo, dice: "Si le digo que está en peligro de muerte precipito ésta si es que no la provocho".





Nosotros creemos, por el contrario, que lo que se llama pesimismo es la medicina de los espíritus fuertes y que es a la desesperación a lo que se debe los mayores milagros de energía.

Mas en lo que estamos de acuerdo con nuestro Cajal es en que un político optimista sería en España un mal patriota, un pésimo patriota.

“¿Y qué entenderás por patriotismo?”—nos preguntará aquí el lector—. En efecto, eso del patriotismo es un concepto, como todo concepto de sentimiento, tan oscuro y ambiguo como los de optimismo y pesimismo. Concebimos muy bien, por ejemplo, que un patriota, un verdadero patriota, llegue a emigrar de España por patriotismo, y a emigrar como emigrado, no como emigrante—de esta distinción trataremos otro día—y lo haga convencido de que hoy se puede trabajar en pro de nuestra patria mejor fuera de ella que dentro de ella, pero concebimos también que se quede aquí, como un desterrado en su tierra madre, a pelear a la desesperada. A pelear al modo de semilla enterrada en suelo apisonado por toda clase de huellas y encostrecido por heladas, y en el que se busca romper el pelmazo y el hielo para dar un tallo que florezca y fructifique al sol.

Lo que desde luego no puede estimarse patriotismo de buena ley, sino a lo sumo frívolo deporte de patriotismo—porque hay el deporte del patriotismo y el patriotismo deportivo—es el de ostentar un optimismo disciplinario. El optimismo de disciplina cae en optimismo deportivo. Y, como todo lo que no es serio, suele ser más dañino que el hipócrita mismo.

“¿Patriotismo deportivo?” Sí. Y se le conoce, además, en que como todo lo deportivo, como todo lo frívolo, como todo lo aseñoritado, se paga de liturgias, emblemas, etiquetas, chirimboles y percalinas.

Tenemos hijos, han debido aprender de nuestra acción pública a amar a su patria, la nuestra, pero si mañana nos dijeran que querían irse de ella no les aconsejaríamos en contrario y sin creer faltar por ello al patriotismo. Pero lo que no se nos ha ocurrido nunca es educarles en el culto a ceremonias puramente externas y litúrgicas. ¿Es que se nos va a ocurrir para hacer a nuestros hijos buenos españoles hacerles dormir, v. gr., poniéndoles sobre el lecho, a modo de sobrecama, una bandera española? Es como si en el caso de que los achaques o la calvicie nos hiciesen dormir con gorro nos liáramos a la cabeza, a modo de turbante, un trapo con los colores nacionales. Esto sería patriotismo de trapo. O sea patriotismo deportivo.

El trapo es cosa muerta, que proviene de la fibra vegetal, que fué cosa viva. El tallo capaz de romper la tierra apelmazada crece, se renueva, da brotes, se propaga; el trapo no sirve, cuando ya decrepito, sino para hacer papel. Y en cuanto al papel...

MIGUEL DE UNAMUNO

